

las plagas

— 1 —

Al principio, no eran más que lluvias ligeras, lo que algo persistentes. A nadie se le hubiera ocurrido hablar de portentos. El primer día se dijo que la lluvia era un fastidio. Lo dijo así: ¡ah!, lloviendo. ¡Qué fastidio! O tal vez no. Tal vez lo que dijo fue: ¡qué lata!, ¡lloviendo! Efectivamente: llovía.

Llovía ligeramente y luego escampó y nadie se hubiera figurado que al otro día volvería a llover. Porque finalizado de llover apareció un arco iris completo, bien delineado, y luego salió un sol limpio y tranquilo. ¡Bueno, ya paró de llover! ¡Qué bien!, fue lo que dijo. No pensó en salir tampoco esa tarde.

Pues, al otro día, volvió a llover. Sólo que esta vez llovió tres veces, aunque también ligeramente. Una llovizna fina lo despertó con su leve traqueteo en la ventana. ¡Ca! ¡Lluvia!, le dijo la cabeza al despertarse. Mientras mojaba un pan viejo de tres días en el chocolate un poco aguado con que desde hace unas semanas acostumbraba a desayunarse, paró de lloviznar. ¡Ah! ¡Qué bien! Ha escampado. Pero no pensó en salir. Prendió un cigarrillo y fue a sentarse en la butaca que está precisamente frente a la ventana que da al jardín, pero no miraba nada. Ahí se estuvo un rato, sin mirar nada, hasta que de repente comprendió que llovía. ¡Ah, caray! Entonces no había escampado, ¿eh? Pero no: eran pasadas las tres de la tarde. Llovía otra vez.

¡Qué fastidio! ¡Está lloviendo! Eso está muy bien para las matas y para las ranas. ¡Mal rayo! Con estos aguaceros, ¿quién hace nada? Lloviznaba de nuevo. Era una llovizna un poco más grisosa que la de por la mañana y, aunque ligera, tenía un aire raro a cosa perenne. Daba la impresión de querer llover para siempre. Daba la impresión de un diluvio casi imperceptible que venía a ahogar el mundo con una lentitud milenaria. Pero no: lloviznaba, como una llovizna cualquiera, durante un día cualquiera, y el hombre, sin moverse del butacón que da al jardín, dejaba llover.

Lo único raro que hubo aquel día fue que cuando escampó, volvió a llover en seguida. Pareció algo mecánico: algo así como si un motor hubiese parado la lluvia instantáneamente y luego la hubiese arrancado a llover otra vez. Pero un poco menos comprensible le resultaba que la luna ya estaba sobre el cielo y con toda la barriga afuera. Llovía frente a la luna y también llovía en la ventana: tun, tun, tun. Era la primera vez que le ocurría quedarse dormido en la butaca de la sala.

— II —

El espejo le decía que la barba era de tres días. ¿Quién puso el espejo ahí? Pero no pensó en afeitarse. El baño era una cosa lejana, al final de unos cuartos, ¿quién sabe dónde? ¿Y quién sabe lo que uno va a encontrarse por allá? Dijo en voz alta: ¡ranas! Luego que dijo ranas, dijo cucarachas. Se pasó un largo rato pensando en alimañas. Y mientras así pensaba, llovía afuera, y a veces, él dejaba escapar una palabra dicha en alta voz. Recuerda que oyó otra vez rana: rana y rata. O ¿rana o rata? Oyó cucaracha con sus patitas frágiles pero rápidas: tun, tun, tun. Las patitas tienen forma de segueta: tun, tun, tun. Fue lo que más veces oyó: cucaracha, tun, tun, tun. Sin duda que hacía unas horas que lloviznaba sin parar. Sin duda que se trataba de un diluvio lento, de una lenta apocalipse, y que el mundo se iba a acabar. Llovió durante toda la tarde, y aunque no llovió de noche, soñó que llovía. ¡Las matas y las ranas, o las ratas (¿qué más da?), estarán contentas!

En su sueño llovía persistentemente, siempre igual sobre las matas, siempre igual sobre las alimañas que corrían a refugiarse, que cruzaban, disparadas, sobre el empedrado, buscando un hoyo hondo, una ranura cualquiera, las rejas de una alcantarilla. En su sueño no llegó a escampar: no hubo de esos niños a quienes la Virgen les canta cosas bucólicas. ¡Que sí, que no! ¡Que llueva a chaparrón! Era lo que le quedaba en la cabeza cuando se despertó: ¡que llueva, que llueva, la Virgen de la Cueva! Se sonrió. Recordaba. Había un olor malo. Recordaba: ¡que sí, que no! Se encontraba muy hundido en el butacón. Sin fuerzas. ¡Qué flojera!, pensó. ¿Y quién puso ahí ese espejo? Se fijó que traía los pantalones orinados. Pero no pensó en levantarse. Quería, sí, otra cosa: no sabía qué. Pero lo quería. No se le ocurrió levantarse.

— III —

¿Pero de dónde viene esta maldita lluvia que no para? Maldita no; ¡malévola! Eso es: malévola. Porque a mí nadie me engaña: no señor. Aquí hay gato encerrado: eso sí. Gato encerrado. Ratas huidizas buscando una ranura para colarse: hay que soltar al gato. Y yo, sin poder alzarme a reventarle una pedrada en la cabeza a las ratas. Roedoras:

¡limpia la palabrita! ¡Qué palabra exacta! Las ratas hacen ra, hacen ra, hacen rat, hacen rat, hacen roe roe roe, hacen rat ta rat a rat a rata ta. Roedoras. Es mejor mirar la lluvia que pensar en las ratas. Sería mejor pensar en las ranas. Sería mejor pensar de día en las ratas y de noche pensar en las ranas bañándose en la laguna con la luna. Pero lo mejor es mirar a la lluvia. Aunque si no fuera por la lluvia no habría ranas, ni ratas, ni alimañas, ni el rat rat rat, ni el tun, tun, tun. ¡Tun! Algo le dio en la cabeza y le hizo alzar la cara y la cara quedó frente al espejo, y vio que estaba barbudo y sucio y que el espejo lo reflejaba intermitentemente: él, la lluvia; él, la lluvia; él, él; la lluvia lluvia; él, él. ¡Qué fastidio! Está lloviendo! Pensó en el Arca de Noé. Pero no pensó en levantarse a hacer un arca, ni en recoger una pareja de cada especie de todo lo que habita en la tierra. ¡Me está fallando la fantasía!, pensó. ¡No pensé en construir el arca para todas las parejas! ¡Bueno! ¡Menos ranas, menos ratas, menos cucarachas! Pero las palabras con que pensaba no sonaban, las palabras no le salían como antes por la boca. Sabía que estaban ahí, pero no las veía. No las llegaba a ver porque no cuajaban. Algo andaba mal, algo en el motor estaba roto, y las palabras eran sólo palabras: ranas, ratas, cucarachas. Pero no decían nada. No es que no significaran: es que no decían nada. No las veía: definitivamente que no. Sólo la lluvia. Y la miraba, tun, tun, tun, para no tener que ver a las ratas sobre el empedrado, huidizas, asustadas, buscando el enrejado de una alcantarilla. Así no tenía que oír croar las ranas, o las ratas (¿qué más da?), cuando se tiran de barriga sobre la luna de la laguna. Sólo mirar la lluvia, ahí, sentado, un poco escarranchado en el butacón hundido, con la barriga fofa, vacía de unos cuantos días sin comer y respirándole shum, shum, shum, ahondándose en el muelle butacón de la sala, siempre frente a la ventana que está siempre frente al jardín.

— IV —

Entonces aconteció que una rana se metió en la lluvia queriendo dejarse deslizar por el hilo del agua, ¡sus!, calle abajo, ¡sus!, camino de agua. Cuando se metió la rana, se metieron también las ratas, ¡tun! La lluvia golpeó otra vez, lo que ahora muy fuerte, contra la ventana. Pero a él no se le sobresaltó el cerebro. Con ranas en la lluvia, con ratas buscando desde arriba las ranuras del empedrado, era seguro que las ventanas iban a sonar tun, tun, que las ranas y las ratas iban a sonar tun, tun, en las ventanas. Lo ilógico, lo que resultaba algo inexplicable era ver granizo en pleno verano. Granizo y con este tremendo calor de verano, que le empegotaba la barba hedionda de tantos días. ¡Qué fastidio!, se dijo, ¡granizando en el verano! ¡Qué tiempos estos! Pero no hizo por levantarse. ¡Granizo calamitoso! Así dijo: pero no pensaba en levantarse.

¡Qué plaga! ¡Granizo con calor! Como en la Biblia: ¡qué bien! Pero no se movía del butacón de la sala. Y llovió durante cuarenta días y durante cuarenta noches pero él se subió al monte, que era el monte más alto de la Biblia. Y ahí se quedó encaramado con sus aves, con su ganado, con una pareja de cada especie: los batracios (cuerpos repugnantes), los reptiles (deslizamiento repugnante). Cada especie combinada: el hormigón con la hormiga, el sapo con la sapa y los ranos con las ranas. Los moscones con las mosquitas y los mosquitos con . . . el pensamiento se le confundió e hizo silencio. ¡Granizando!, pensó, y dijo en voz alta: granizando. El pensamiento y la voz estaban separados, dislocados por un vasto silencio bíblico que sentía en la cabeza, adentro, como si un hoyo muy cavado apareciera entre los lóbulos laterales del cerebro, con hoyos pequeños entre las ranuras del cerebro. Hondo valle de silencio para que también la voz callase ahora. Había que llenarlo, pues. Había que llenar el hoyo, pues. ¡Granizaba!, pensó. ¡Granizaba!, quiso decir, pero la voz no le salía, algo la cortaba antes de llegar a la lengua. El espejo fue quien le dijo que llevaba un rato con la boca abierta. Cara tonta, barba de ¿cuántos días? Pero no pensó en rasurarse. Había llovido continuamente durante tanto tiempo: cuarenta días, o cuarenta noches, y cuarenta años, o cuarenta siglos bíblicos y búdicos y védicos. Le jugaba otra vez el pensamiento: jah, barrocas! Quiso repetir las palabras del pensamiento. Quiso decir bíblicos, quiso decir búdicos: tenía la voz atarugada.

Pues, entonces, en la granizada se coló una rana, croac, y luego otra, croac, y otra más, croac, y así croac, croac croac, croac croac croac. Ya nunca para de llover: lluvia de agua, tun, y lluvia de hielo, noc. Lluvia de ranas, croac, y lluvia de ratas, rat. Estas son las calamidades del hombre. Las hubo en 1588 y cuando Moisés el Rabino. Son las plagas que vaticinó San Juan para el fin del mundo y son las plagas preferidas por Melachton. Es lo que vieron los ojos bíblicos del Santo. Pero no era él quien así pensaba. La cabeza se le desentendía. Es decir: de todo lo que no fuera el sapo que viene montado sobre un bloque de hielo y que cae en el jardín de la ventana. Quien pensaba en las Calamidades y en el Mal del Mundo, quien pensaba en las funciones de la Naturaleza y en los Universos no era él, sino un libro por él, un libro sin él, un libro todo de por fuera, con palabra y con voz alta y propia. ¡Granizaba!, pensó. ¡Granizaba!, repitió su pensamiento. Las palabras reales estaban afuera, con mundo propio, en el equilibrio de su propia forma autóctona. ¡Granizaba!, no pudo decir: él ya no tenía nada que ver con la palabra. El era granizo.

El era granizo con ranas y granizo con ratas congeladas. Aunque aún ocupaba un puesto de butaca de sala, de butaca de sala frente a una ventana que da a un jardín que los hielos están devastando . . . él no

era más que granizo. ¡Han llegado las calamidades!, pensó, y la lluvia con sapos y ratas se puso dura como hielo, y cayó con sapos y con ratas también. Tempestad con oscuridades al mediodía: las alimañas que oscurecían la caverna de su cerebro con un corre corre disperso y agitado de delirio. ¡Si viera un murciélago estaba perdido!, pensó. Trataba de no verlo. Se trataba de eso: de no verlo. Trataba de atenerse a la tempestad con alimañas que caía torrencialmente en la bóveda de su cerebro, y trataba de seguir a oscuras, para no tener que ver al Murciélago, a aquel que la oscuridad escondía. Porque todo estaba bien: las ranas y las ratas, las cucarachas con los pies de segueta caminándole el delirio hiriente del cerebro. Y también las pestilencias y las lluvias rojas como sangre de Infantes que no llegarían a reinar, cortados por el terror de las grandes naciones. Todo estaba bien: las playas y el fin de los imperios y las convulsiones de la tierra con sus cataclismos inusitados que agrietaban pueblos enteros y se los tragaban. Estaba aún bien él, con la fauce abierta frente al espejo (¿quién lo puso ahí?), como un animal al borde de ser amacheteado con una única tajada horizontal para que se le salgan de un tirón las tripas y todas las cosas que guarda el cuerpo, cosas llenas de veneno, cosas de alquimia rara que después se pudren en dos mañanas. Que un niño de doble cabeza hidrocefálica naciera aquella tarde no era lo peor aún: las plagas eran cosas bíblicas, las apocalipses eran cosas sagradas, y la peor pestilencia anunciaba alguna redención. ¡Pero el Murciélago, no! Era oscuro, era sádico, era el finalista satánico y brujo, dueño de la última raíz, amarga y tibia, con que se acaba todo. Por eso miraba de frente y alucinado a la multitud de plagas azotándole el cerebro. Los bastonazos del hielo lo dispersaban. El serrucho de las patas lo dispersaban. El revoloteo de las parejas salvadas del Gran Diluvio lo dispersaban. ¡Ah! Muecas. ¡Ah! Muecas. ¡Ah! Patas. Sí: patas y alas y muecas y aguas. Sólidos que fluyen, sólidos que se derriten en la lana de su cuerpo. Líquidos pestilentes que se cuajan. Forma de la Sombra que se cuaja. Mueca: una mueca, un rictus, un grito alzado de terror que no se vocaliza ya, una sombra escondida que reluce, se aglomera, se junta ya rápidamente, desaparece, huye, regresa intermitente, y se cuaja. Murciélago. Ahí estaba siempre el Murciélago. El era el Murciélago ya.

El era el Murciélago ya. El murciélago le ocupó la cabeza, le repletó el hoyo que se le había formado en el valle que se le cavara dentro del cerebro. El espejo estaba oscuro. El espejo estaba tranquilo. La barba paraba de crecer. El olor a falta de baño se hacía imperceptible: un dulce olorillo como un murmullo, run, run, run, le acariciaba el terciopelo de la superficie del cerebro. La voz le salía ahora meliflua, adormecida, con su canto de nana, con su arrullo de brisas. El era un puerto

callado, sin la actividad hormigueante de trópicos manchados de trabajo en bruto. Descansaba caídamente en la butaca de la sala.

Luego llegó el hombre con la cabeza blanca, llena de copos de nieve, y que sin duda era el que le lleva el corazón a los murciélagos. Era un hombre de nieve con un yelmo y orejeras blancas, con manos heladas, petrificadas, higiénicas. El había leído aquello en algún sitio: la profecía de los soldados que vendrían a conquistar tierras nuevas con nieves en el yelmo. Todo se cumplía según el libro. Con aquel hombre de nieve llegaron otros, muy silenciosos, muy eficaces. Ellos no entendían la tranquilidad de su cansancio. Ellos, de veras no entendían por qué resultaba mejor que lo dejaran ahí, con todo lo que él bien conocía: la sala, la butaca, la ventana que da al jardín. Pero hay que seguir el curso de las cosas: así estaba ordenado ¿no? Así lo había leído, y él se dejaba entonces llevar. Lo hacía por cooperar, por principio de solidaridad. Ellos creerían que se lo llevaban, pero él era quien iba. Ellos pensarían que se lo llevaban de estas lluvias calamitosas de aquí, pero era él quien se iba a otras lluvias, que eran las mismas lo que tranquilizadas. Porque desde ahora siempre llovería igual. Así es que siempre llovió. ¡Ah! Con la misma agua con sapos, con el mismo hielo con ratas. Era así: la lluvia fina, la lluvia perenne, subiendo nivel a nivel, con pasos prefigurados, poco a poco, hasta llegar al pecho, hasta llegar al cuello, paso a paso hasta llegar a las dos fosas de la nariz. Y era así: poco a poco por adentro llenándole el pecho, llenándole el vientre, llenándole las dos piernas en toda su extensión, y luego hacia arriba, agua ahogando, inundándole paso a paso, nivel a nivel la cara, los ojos, los dos huecos de la nariz hasta llegarle al cerebro. Tenía el cuerpo ahogado, tenía ahogada la conciencia. Se había muerto. Se había muerto hasta que poco a poco y a la inversa, se vaciaba. Y era así siempre: lleno, vacío. Y era así siempre: por fuera, por dentro.

Dentro de la cabeza, a intervalos regulares, cuando estaba todo ahogado, o cuando estaba todo vacío, aparecía un brazo. Con resistencia, con persistencia de mecanismo irrompible, el brazo agarra la aguja de un fonógrafo para colocarla sobre un disco dando vueltas. Al contacto de la aguja con las sinuosidades del disco, sale una voz que dice: ¿a dónde se fue la otra lluvia? Es una voz que dice y repite así: ¿a dónde se fue la otra lluvia? Es una voz que dice y que repite: ¿la otra lluvia? Que dice y que repite . . .

JOSE KOZER

sobre dos obras de actualidad

"THE FEAST OF FOOLS", by Harvey Cox. Harvard University Press, 1969.

¿Quién no ha sentido a ratos la necesidad de hacer una gran pirueta frente a la civilización que nos rodea? ¿Quién no pide más transparencia —como Goethe antes pedía "más luz"— en medio de la atmósfera rarificada que nos rodea? o, ¿Quién no ha sufrido la desesperanza de verse sitiado, sin alternativa alguna? Ese **quien** lo hemos sido todos, en una medida o en otra. Todos hemos participado del mismo vacío abierto en nuestras vidas, y a través del cual hemos visto la clase de civilización que hemos ayudado a construir y cómo ésta nos ha llevado a un callejón sin salida, físico y metafísico.

Conversando hace poco con Julián Orbón este me decía que "salidas" sí habían, pero que soluciones no. Hasta cierto punto tenía razón. El callejón a que aludía es lo que pudiera haber sido la ancha avenida de una "solución" convertida en el tortuoso callejón de una precaria "salida". Por qué han ocurrido así las cosas es una historia larga de contar, y además creo que todos más o menos la sabemos. Por eso cuando se publica un libro como el de Harvey Cox este no hace más que abrir en nosotros una puerta que algunos nunca dejamos cerrada con llave. Esa puerta da a un lugar que está latente para iniciar un diálogo y comprender la extraordinaria posibilidad que encierra el abrirse frente al **otro** que ya no lo vemos en su substancia enemiga como el **extraño**, sino como el que nos tiende la mano amiga. El otro es mi semejante al que estoy obligado a amar en la medida de mis fuerzas y con el que estoy obligado a celebrar la alegría de la vida y la esperanza de la resurrección. Es la virtud de la celebración, de la festividad, olvidada en nuestros días, lo que viene de nuevo a resurgir en la obra de este teólogo protestante, enfatizada en la necesidad de una comunión entre las criaturas, tal y como parece estar ocurriendo entre ciertos grupos de jóvenes que han optado por una **salida de regreso** que los pudiera llevar a un reencuentro con la Carta Magna del cristianismo: El Sermón de la Montaña.

Harvey Cox pertenece a una generación de teólogos (tanto protestantes como católicos,) que han iniciado una revisión de sus valores. Y es bueno que así ocurra, porque cuando alguien que lleva detrás de sí varios siglos de asimilación de una doctrina básicamente pesi-